

Apología del asno. Fuentes escritas y fuentes orales tras la simbología del asno en la Antigüedad

Juan CASCAJERO
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

La consideración del asno, exclusivamente, como símbolo de explotación podría resultar un tanto simplificadora. La ampliación de las fuentes, considerando no solo a los naturalistas, agrónomos, filósofos y literatos sino también a autores ricos en expresiones familiares y coloquiales y, sobre todo, a la coloquialidad misma, a través del examen de los restos orales, permite captar una mayor complejidad en su simbología. El seguimiento de esa simbología podría iluminar, no poco, los mecanismos ideológicos de justificación-legitimación de los dominantes y de descalificación de los grupos explotados de la Antigüedad.

I. INTRODUCCIÓN

No quisiera competir, ni siquiera tratar de emular aquella primera *Apología de los asnos*, compuesta en renglones así como versos por el profundo conocedor de la especie asnal que, discretamente, allá por 1829¹ fir-

¹ Corrían, entonces, malos tiempos para hablar de burros. Por aquella época, allá por 1827, cuando esta obra se estaba concluyendo, los periodistas franceses contaban que sobre la mesa de S. M. el señor D. Fernando VII se encontró una fábula asinina portadora de oscuras recomendaciones, por lo que se desterró a su monasterio al supuesto autor de la misma, P. D. Lino Picado, M. I. S. abad de San Juan de la Peña. Respetando, como en lo sucesivo, su ortografía, extraigo de ella dos fragmentos: «De Jaen a Ximena/ Iba un arriero/ Con su recua de burros/ De diferentes pelos./ Llevaba burros blancos./ Llevaba burros negros./ Llevaba burros pardos./ Tambien burros plateros/ ...Un militar curioso/ Observó al arriero,/ y dijo entusiasmado:/ Tu si que eres discreto:/ Tu conducta aplaudida/ Será del mundo entero:/ Tú las acciones miras,/ No reparas el pelo./ Palo al burro que

mara bajo el pseudónimo de «un asnólogo aprendiz de poeta²». Tampoco, por otra parte, podría intentarlo, a juzgar de sus abundantes méritos, de sobra reconocidos por los mismos censores que, en su momento, debieron atender su moralidad y valía científica. En efecto, el P. M. Fr. R. de la Peña, desde su convento del Cristo del Traspaso, concluía que «el autor muestra mucho estudio, mucho ingenio, mucho talento, esquisito gusto y suma habilidad para desengañarnos, sacándonos del error en que estábamos de que valían poco los asnos...antes bien su obra puede atraer grandes beneficios al género humano y a la especie asnal». Igualmente la *Apología* suscitaría el entusiasmo de otro severo censor³, quien, más que censurar, glosaría su obra exclamando «...y no será temeridad decir que ni Harveo, ni Copérnico, ni Newton, ni Flankin, ni Jenner, ni Mongolfier, ni Gall, ni Mesmer..., pueden ser comparados al autor de esta *Apología* asinina, ni respecto del objeto ni en cuanto las profundas averiguaciones y verdades manifiestas que nos ha descubierto, metiéndose en los recónditos talleres de la naturaleza física y moral de los Asnos, de modo que al leer y reflexionar maduramente sobre el conjunto de cuanto en su obra presenta, nos resta mas que exclamar: *quam inexcrutabilia sunt judicia tua, Domine!*⁴». Evocando, aunque parcialmente, el título de su obra, solo pretendo, con toda humildad, y con cierto humor, rendir tributo al más grande, que no único⁵, aunque desconocido, luchador por el reconocimiento de uno de los animales más útiles y, quizás por eso mismo, también más vilipendiados de la Historia de la Humanidad⁶.

es blanco,/ Palo al burro que es negro,/ Palo al burro que es pardo,/ Palo al burro plate-ro,/ Palos á todo burro/ Que no anda derecho» (*Apología...*, LII- LV).

² Existe edición facsímil reciente del original (Madrid, 1993). De ella se extraen las referencias.

³ Se trata de D. Cornelio, Simplicio, Silvestre, Zoylo, Leoncio, Secundino de la Rebusca, doctor en ambos derechos, abogado de los reales Consejos, individuo de varias Academias (*Apología*, XX- XXI).

⁴ *Apología* (XX- XXI).

⁵ En su nota 1, (*Apología*, XXXIV- XXXV) de la dedicatoria «Al autor de la Apología del asno», el anónimo comentarista dice: «En efecto, Blumauer, poeta alemán compuso todas estas odas; y en la del Sillico dijo cosas admirables, raras, extrañas, curiosas y dignas de leerse. Otros autores han trabajado sobre el mismo objeto. Heinsis publicó un elogio erudito-jocoso del Asno. El Apologista univ. dió a luz en su n° 9 una Apología asnal. Cadalso escribió su Academia asnal contra los franceses, dada á luz en Bayona. Don Casiano Pellicer, en su Hist. del histrionismo español, refiere que en la biblioteca real hay un Códice antiguo en verso español, apologizando al Asno. Bartolomé de Ayala escribió en prosa el elogio. Del Jumento, Pellicer escribió la Burrumaquia.»

⁶ Debe reconocerse que no es el único animal que ha corrido tal suerte. En la nota 12 (pp. 90- 91) de su *Apología*, «el asnólogo, aprendiz de poeta» sintetiza: «Es el caso que

Este trabajo solo trata de realizar un sucinto seguimiento (con el consiguiente intento de explicación) *de la tradición escrita y oral que toma al burro como paradigma de necedad*, entre otros rasgos, igualmente negativos, de su conducta. Para ello, una vez atendidos, brevemente, tanto su significado histórico como sus rasgos fisiológicos más importantes, procura comprender las causas de la acusada distancia entre las prestaciones y utilidades del asno y la, más que malvada, grotesca tradición que le acompaña. Naturalmente, no se deja de tener en cuenta la posible diferencia entre las peculiaridades que hoy le otorgan nuestros zoólogos y las que le fueran concedidas por los estudiosos de la Antigüedad, (lo que convierte en imprescindible la consulta de opiniones como la de Aristóteles, Catón, Varrón, Plinio el Viejo, Eliano, Columela o Paladio). Del mismo modo, tampoco se puede conceder, gratuitamente, una validez socialmente generalizada a los conocimientos y sensibilidades de tan distinguidos estudiosos, siendo necesario contrastarlas con otro tipo de fuentes.

II. LOS USOS DEL ASNO

Por su evidencia, no requiere de esfuerzos argumentativos el hecho incuestionable de que todos los países que han conocido la expansión biológica y utilización consecuente del burro se han servido de su referencia como paradigma de necedad. Da lo mismo que, por exigencias de la evolución tecnológica, estos animales, en muchos de estos países, hayan terminado por desaparecer en su casi totalidad, porque la alusión al burro como portador de determinadas características (así como la imputación de tal condición a quien se quiere asignar tales rasgos) sigue siendo habitual, incluso por quienes jamás tuvieron ocasión de contemplarlo. Así, entre los niños de nuestras ciudades, tanto como entre nuestros mayores, llamar «burro» («asno», «borrico» o «jumento», da igual) a alguien sigue significando, en un mundo ya casi vacío de burros, llamarle necio, torpe, terco o incapaz. La capacidad de supervivencia, la salud, el vigor de esta expre-

bueyes y Borricos./ dos animales que al hombre con esmero/ Utilmente le sirven, sobre todos./ (Y á estos dos añadamos aun el puerco)/ Todos tres tan preciosos animales./ De continuos sarcasmos son objeto./ En dicharachos á estos semejantes:/ 'Es un buey: es un Asno: es un gran puerco'. En efecto, ambos animales han sufrido y siguen sufriendo una fortuna similar a la del asno. Sin desmerecer al buey, el proceso es más rotundo en el caso del cerdo (y todo el mundo, por no salirme de la lengua castellana, sabe a qué atenerse si se le llama «marrano», «cochino», «lechón», «gorrino» o «puerco»).

sión ha de vincularse con su profundo arraigo en nuestra más antigua tradición conceptual y su origen, constatable ya en los primeros restos escritos, tanto orientales como mediterráneos, quizás pudiera remontarse ya a los primeros momentos de su domesticación.

Único motor animado, no humano, para amplias zonas de la Antigüedad, no dejó de rendir constantes servicios al hombre hasta el extremo de convertir en tarea imposible el trazo de la Historia del hombre sin realizar, al mismo tiempo, la, en mi opinión paralela, historia del asno. En las zonas aludidas, supuso durante siglos, incluso durante milenios, casi la única fuente de energía empleada, para asistir, o suplir, el esfuerzo humano. Excluidos el buey, el mulo y el caballo, el asno constituía un auxiliar elemental y básico para los menos poderosos, para la gente del común, para los habitantes de campos y aldeas. Porque el buey era caro y el caballo, símbolo del poder y la fuerza, constituyó siempre un símbolo de dominio y prestigio generalmente vetado a los hombres ajenos a los grupos propietarios. Instrumento de poder material y espiritual, el caballo desarrolló, en general, su mayor eficacia como elemento de control y predominio, incluso de destrucción, de los pocos sobre los muchos. El mulo, por su parte, híbrido de la hidalguía y de la vileza de sus progenitores, aunque social y económicamente más extendido, resultaba más oneroso de adquirir y de mantener, en tanto se ajustaba menos a las prestaciones que podían exigirle los humildes.

A pesar de las controversias sobre el tema, parece que pueden distinguirse dos troncos de esta especie, originarios, respectivamente, del Norte de Africa y del Sudoeste asiático. En el africano, pronto pudieron matizarse dos tipos: el nubio (*equus africanus africanus*), fundamental para la Historia Antigua, con extensión entre el Mediterráneo y el Sahara, con una alzada de unos doce palmos y el somalí (*equus africanus africanus somaliensis*), desde el Este Anterior al sur del Mar Rojo y una alzada de unos catorce o quince palmos. El asiático, por su parte, más enjuto y con unos diez palmos de alzada, se extendió desde el Norte del Mar Rojo hasta el Norte de la India y Tibet. Cabe señalar, no obstante, que, con el transcurso del tiempo, en relación tanto con el desarrollo de hibridaciones, espontáneas o controladas, como con los más lentos, pero decisivos, procesos de adaptación al medio, fueron dando lugar a nuevos tipos y subtipos. Entre ellos cabe significar el tipo sirio, de no más de diez palmos de alzada, extraordinariamente adaptado a las condiciones ambientales mediterráneas, que, a través de Asia Menor, pobló Grecia y las islas del Egeo, terminando por ser común e insustituible en todos los países del Mediterráneo antiguo hasta la Península Ibérica. El límite de

su expansión septentrional, a su vez, vendría marcado tanto por sus condicionantes biológicos⁷ como por las limitaciones históricas de su explotación. Así, tanto en el espacio histórico griego como en el romano, el asno, ese «poor man's horse» de los ingleses, que, sin embargo lo explotarían solo en época tardía, se convirtió en elemento esencial de la vida económica y familiar de los pueblos.

Plenamente adaptado a las condiciones ambientales de los medios áridos y semiáridos, ecológicamente integrado en la vida aldeana y suburbana, soporta con éxito la comparación con el resto de équidos, en cuanto a lo exiguo de sus exigencias y la calidad y cantidad de sus prestaciones. Soporta el calor y la sequía mejor que caballos (no muy usados, generalmente, en la Antigüedad, para el trabajo) y mulos. Era mucho más sobrio y frugal en su alimentación, más austero, paciente y sufrido, más dócil, manso y obediente, más humilde, laborioso y quieto, más resistente a la enfermedad, más longevo, más barato, sin necesidad de herrajes, ni albardas ni cinchas ni aparejos (aunque los agradezca). Superior a ellos, también, en energía, poder nervioso, tenacidad en el trabajo, temperamento y resistencia a la fatiga y, sin duda, según nos parece, dotado de mayor inteligencia⁸. Fue usado, indistintamente, como animal de carga, de tiro y de laboreo. Como animal de tiro, gra-

⁷ Así lo creían, al menos en lo referente a su escasa adaptabilidad al frío, los naturalistas antiguos. Cf., por ejemplo, Aristóteles, *Historia de los animales*, 605a 16-22, quien, tras describir la enfermedad del muermo asnil, afirma que «el asno es, de todos los animales de este género, el que menos aguanta el frío. Por este motivo no se crían asnos tampoco en la zona del Ponto y la Escitia» y, en VII, 28, 606b4, dice que «en muchos sitios la causa (de la existencia o ausencia de animales) es también el clima: por ejemplo, en Iliria, Tracia y Epiro, los burros son pequeños y, en los países de los escitas y de los celtas generalmente no se encuentran: es porque estas regiones padecen inviernos muy crudos». Opinión de amplio arraigo en la Antigüedad que daría lugar al *topos* sobre el carácter friolero de los burros.

⁸ Inteligencia que tiende a hacer su adiestramiento más complejo que el del caballo o el mulo. En relación con ellos, las fases de su proceso de aprendizaje son más rápidas, por lo que las excesivas repeticiones lo aburren y frustran, dificultando la empresa a manos inexpertas, que, naturalmente, culpan al animal de sus fracasos. Quizás por ello se haya preferido siempre el uso de las hembras, menos esquivas y rebeldes, más dóciles, manteniendo el número de machos imprescindible para las tareas de reproducción (de asnos y de mulos). No se considera imprescindible insistir en las múltiples e insustituibles cualidades del asno. Basta referirse a su historia de colaboración milenaria con un hombre que no nunca fue capaz de prescindir de su compañía. Hoy, mimado y enjaezado al efecto, por la industria turística de Occidente y sus rutas folklóricas, por sus zoológicos y granjas-escuela (que parecen garantizar su no extinción), sigue padeciendo, en cambio, la sobrecarga, la crueldad, la barbarie y la malnutrición en los países del Tercer Mundo. Son, en general, las gentes de los países árabes quienes se muestran más bruta-

cias a la baja disposición de su cuello, no estaba sometido a los inconvenientes del caballo ante las limitaciones de la tecnología antigua, pudiendo, como el buey, adaptarse al atalaje y desarrollar una portentosa capacidad de tracción, alcanzando, en óptimas condiciones de terreno, los trescientos kilos. En cuanto a su capacidad de carga (y no conviene olvidar la importancia de este trabajo, ante la ausencia de calzadas y, aún, caminos en amplias zonas montañosas o semidesérticas del espacio histórico antiguo) eran capaces de cargar un peso semejante o superior al suyo, que vendría ofrecido por la fórmula : $C2/H \times 95$ (C =perímetro torácico y H =altura de «garrot»). Sus prestaciones, conocidas y explotadas al máximo, en fin, en tantas tareas cotidianas hicieron que el mundo antiguo fuera un mundo de burros. Por eso, en mi opinión, no sería exagerado decir que, aunque sus usuarios y explotadores no lo dejaran translucir suficientemente, como tampoco dejaba de ocurrir en el caso de los esclavos y otras formas de dependencia en el ámbito de las relaciones humanas, no se podría pensar un mundo antiguo sin burros.

III. LA TRADICIÓN ESCRITA

Escasa, muy escasa en relación con su transcendencia en la vida del hombre, me parece la atención prestada al asno por el pensamiento y la erudición antiguas. Esta puede reducirse, básicamente, a las referencias de los «naturalistas» (como Aristóteles, Plinio el Viejo, Eliano o Plutarco) y de los «agronomos» (como Catón, Varrón, Columela o Paladio), así como por las importantísimas aportaciones de los singulares relatos asnilles de Apuleyo y Luciano.

les en el trato a los asnos. Y no resulta difícil verlos famélicos, agotados, apaleados hasta caer muertos en ese su último intento de una tarea imposible para sus fuerzas, entre los insultos y golpes de sus amos. Quizas valiera reivindicar para un animal que ha asistido al hombre durante siglos, la única ayuda, además, para los humildes, un trato menos cruel y perverso. Aunque la ausencia de referencias bibliográficas sobre el burro resulta angustiosa, puede consultarse, a modo de información básica sobre el pasado, presente y futuro del asno, la excelente compilación de Suendsen, E. D., *The professional handbook of the Donkey (Compiled for the Donkey Sanctuary)*, Sidmouth, 1986. El Donkey Sanctuary, sigue siendo hoy, sin que suponga relegar la vitalidad de otros centros, más o menos románticos, preocupados por el futuro de esta especie, el centro más vivo y más grande para el cuidado del burro y la mula en el mundo. Véase, además, Cochelin, F., *Production et élevage des poulains, anons et muletons*, París, 1953; Peyro Saint Paul, D., *L'âne dans le bocage bas-normande*, París, 1977.

Aristóteles, además de las noticias citadas anteriormente, ofrece algunos otros breves comentarios: sobre las enfermedades del asno (*H. A.*, 605a 16-22); sobre su edad de madurez sexual (545b 20); sobre las cualidades de su sangre (521a 5); sobre su dieta (595b 23); sobre su enemistad con diferentes aves (609a 31b 5, 29; 610a 4; 505a 23) sobre su leche materna (521b 33); sobre las condiciones de su apareamiento (575b 30, 577a 3, 15); sobre su cola (499b 17) y sobre sus dientes (501b 3).

También Eliano, espigando en sus numerosas y problemáticas fuentes, aporta, en su *Historia de los animales*, algunas noticias valiosas sobre el asno: sobre las dificultades y soluciones de apareamiento entre yeguas y asnos para la producción de mulos (II, 10); sobre la tradición mítica que explica la juventud de la serpiente a partir de su ventajosa permuta con el asno (VI, 51); sobre las causas y avatares de la tradicional enemistad entre algunas ciudades egipcias y los asnos (X, 28 y XI, 35); sobre los cuernos de los asnos de Escitia y su portentosa resistencia al agua arcadia (X, 40); sobre el origen de los cruzamientos entre asnos y yeguas así como sobre la capacidad generadora de los asnos libios (XII, 16); sobre los usos militares de algunos asnos (XII, 34); sobre la asombrosa rapidez y la forma de cazar a los asnos salvajes de Mauritania (XIV, 10); sobre los caracteres y cualidades engendradoras de los asnos salvajes de la India (XVI, 9); sobre las diminutas dimensiones de los équidos y asnos del país de los psilos de la India (XVI, 37); sobre los extraordinarios caracteres físicos del onocentauro (XVII, 9).

Por lo que se refiere a Plinio el Viejo, de los 37 libros de su única obra conservada, la *Naturalis Historia*, 4 (del VIII al XI), son dedicados al estudio de los animales y, en concreto, el VIII a aquellos animales terrestres que, realmente, parecen disfrutar de una suerte de «condición común» (*consortio*, dice) con los hombres⁹. En él dedica tres breves capítulos al asno: el 46 a los onagros o asnos salvajes, el 68 a los asnos domésticos y su reproducción y el 69 a las características de las mulas y los demás jumentos. En el 68, aún reconociendo su utilidad en el arado de campos, afirma que su mayor utilidad la adquiere en la procreación de mulos¹⁰,

⁹ En no pocas ocasiones, Plinio da la impresión de comportarse menos como un naturalista (con sus obligadas atenciones a los rasgos anatómicos y fisiológicos en sus taxonomías) que como una especie de raro precursor de la psicología animal, siempre preocupado por el análisis de conductas, comportamientos y caracteres.

¹⁰ *Opera sine dubio genere munifica, arando quoque, sed mularum maxime progeneratione*. Plinio, *Nat. Hist.*, VIII, 167. Indudablemente, al hacer estas afirmaciones, el naturalista y, también rico propietario, no está pensando en los pequeños predios, que era donde, precisamente, adquiriría todo su valor.

afirmando, además, que las ganancias que se obtienen de esta función puede superar las obtenidas de las más ricas posesiones ¹¹.

El tema asnil vuelve a ser retomado por el naturalista de Como desde la perspectiva médica y terapéutica. En efecto, de los cinco libros (XXVIII-XXXII) dedicados a los medicamentos extraídos de los animales, en el XXVIII, expone los distintos remedios extraídos del onagro, los variados y curiosos del asno así como los obtenidos a partir de su estiércol.

Sin duda, frustrante resulta la escasa atención de los agrónomos Catón y Varrón ¹². De este modo, Catón, más preocupado por la explotación de propiedades de cierto tamaño que por los pequeños fundos, mientras se ocupa detenidamente de los bueyes ¹³, apenas ofrece unas breves noticias sobre el asno ¹⁴. Otro tanto sucede en Varrón, quien, en su única obra conservada completa, su *De agri cultura*, resume y sistematiza, en curiosa forma dialogada, a sus predecesores. Su libro II lo dedica a la ganadería mayor y menor, poniendo, en II, 6, 1-5, el tratamiento de los asnos en boca de Murrio Reatino, según él mismo indica, originario de tierra de burros *optimi et maximi*, dignos de ser comparados con los de Arcadia ¹⁵.

¹¹ *Quaestus ex iis opima praedia exuperat* (*Ibid.*, 170)

¹² Resulta excesivo, o arbitrario, caracterizar de «agrónomo» a Varrón. Si lo incluyo entre éstos es solamente, y por una vez, por el carácter y valor de su única obra conservada completa.

¹³ Por ejemplo, del forraje de los bueyes (*De Agr.*, LXIII); de los establos (VI); de los ramajes que les convienen (XXXIII); de su alimentación (LXIX); de los cuidados del buey, si cae enfermo (LXXX); de sus medicamentos (LXXIX); de sus lesiones en los pies (LXXXI); de cómo deben administrárseles los medicamentos (LXXXII); de las ofrendas para los bueyes (XCII); de las mordeduras de serpientes padecidas (CXI); de medidas para que se encuentren saludables (CXII); de cuándo se deben hacer sacrificios para ellos (CXL) o de cuándo se se puede enjaezar a los bueyes, los días de fiesta (CXLVII).

¹⁴ En *De agricultura*, XII, al exponer cómo debe ser equipado un olivar de 240 yugadas, aconseja que, entre otros útiles, se disponga de tres asnos para transportar el estiércol, otro más para la muela de molino y, por supuesto, tres albardas de asno. En XI, 4, hablando del equipamiento adecuado para un viñedo de cien yugadas, recomienda dos burros para los carros, uno para la muela de molino y un yugo para el asno. En LXII, al hablar de la cantidad de carros que hay que tener, aconseja que se disponga de tantos cuantos bueyes, mulas y asnos se tenga. Y, en fin, en CXXXVIII, cuando habla de los enjaezamientos permitidos y prohibidos en los días de fiesta, dice que está vetado para caballos, mulas y asnos, salvo en aquellas festividades propias de esclavos.

¹⁵ Murrio promete hablar y habla «principalmente de asnos» (*de asinis potissimum dicam, quod sum Reatinus*, dice en II, 6,1). Pero solo ofrece algunas frases sobre la elección de los burros para el trabajo y para la reproducción, sobre los dos tipos básicos (el asno salvaje, como el abundantísimo de Frigia o Licaonia, y el doméstico), sobre su domesticación y la imposibilidad de regresar a la vida salvaje, sobre su reproducción, sobre la edad de adiestramiento, sobre sus usos para carga, agricultura y para la molien-da o sobre las auténticas manadas usadas para llevar el trigo, el vino o el aceite al mar.

Pero es Columela, quien a pesar de la parquedad en sus alusiones al asno ¹⁶, nos lega, como en tantos otros asuntos relacionados con la vida campesina, su semblanza más completa, correspondiéndole a él (y, en mi opinión, antes que a cualquier otro), el título de «primer apologeta asnil». Vale la pena reproducir su pensamiento sobre el burro: «Habiendo de tratar sobre el ganado menor, Publio Silvino, ocupará el primer lugar el asnillo menor de la arcadia, este animal vil y común que la mayoría de autores de las cosas del campo quieren que, cuando se trata de comprar y mantener bestias de carga, sea el que primero se procure adquirir, y no sin razón, porque se puede mantener en un campo que carezca de pastos, pues se contenta con poco forraje y con cualquiera que sea, ya que se alimenta con hojas de arbol o con matas espinosas, con ramas de sauce o con un haz de sarmientos. Pero con la paja que abunda en casi todos los paises incluso engorda. Aguanta muy bien la torpeza de un borriquero atolondrado y no menos los golpes y la escasez, pues resiste sobremanera el trabajo y el hambre, y rara vez le acometen las enfermedades. Este animal, cuyo mantenimiento es de tan poco costo, se emplea en muchísimos trabajos y muy precisos, mayores de lo que corresponde a su precio, pues no solo rompe con arados ligeros la tierra franca, como es la de la Bética y la de toda la Libia, sino que tira de los carros si estos no llevan demasiado peso. Muchas veces, como dice el más célebre de los poetas, el conductor de un borriquillo lo carga de frutas ordinarias, y al volver de la ciudad trae una piedra de molino picada, o una carga de pez negra. Pero el trabajo ordinario de este animal es hacer dar vueltas a las piedras de molino referidas y moler trigo. *Por lo cual, toda hacienda de campo necesita el borrico como el instrumento más necesario*, el cual puede llevar cómodamente a la ciudad y retornar a ella, como he dicho, en el cuello o en la espalda gran parte de las cosas que sirven para nuestro uso...» (VII, 1).

Tampoco «el último de los agrónomos latinos» (s. IV-V), Paladio, se muestra generoso en su atención a los asnos. En su curioso y, sobre todo, práctico ¹⁷ calendario de las tareas del campo (*Opus agriculturae*), en el

¹⁶ En VI, 36 y 37, habla de los problemas de apareamiento de yeguas y burros, así como de los difíciles cruces entre caballos y burras, sin olvidar la propuesta de remedios para solucionarlos. En II, 15, hablando de los tipos de estiercol y sus cualidades, afirma: «El tercer lugar lo obtiene el estiercol de los cuadrúpedos, y en él también hay diferencia, porque se considera el mejor el de los borricos, puesto que estos animales mascan con muchísima lentitud, y, por consiguiente, digieren con más facilidad y arrojan un estiercol bien fermentado y adecuado para emplearlo inmediatamente en la tierra».

¹⁷ Así, al menos, debió resultar a sus usuarios, como parece significar la cantidad de manuscritos en circulación hasta el Renacimiento que superaría, ampliamente, en la tem-

libro IV dedicado a las faenas propias del mes de Marzo, el capítulo XIV se ocupa de la problemática concerniente a la reproducción asnil y la concluye afirmando que «un borrico, por pequeño que sea, es muy necesario para el campo, porque aguanta el trabajo y apenas acusa la falta de cuidados». Pero, por lo demás, su libro XIV, dedicado por completo a la *Medicina veterinaria*, en el que reconoce basarse «en los mismos términos que Columela y sus fuentes» (XIV, 2), lo cual resulta obvio, no presta atención específica a los asnos¹⁸. Y lo mismo ocurre con esas insustituibles fuentes para el conocimiento del «latín vulgar» que son el *Ars veterinaria* de Pelagonio (s. IV), la anónima *Mulomedicina Chironis* y los *Digesta artis mulomedicinae*, atribuido por algunos estudiosos a aquel Flavio Vegecio, autor del *Epitoma rei militaris* de tanta difusión en el curso de los siglos. Se trata, pues, de obras, quizás, no muy útiles para avanzar en el conocimiento de la explotación asnil (excusa de este trabajo) pero que, a pesar de su carácter, podrían resultar útiles para seguir acercándonos a amplias sensibilidades sociales (objetivo final del trabajo). Pero, por el momento, el estudio del *sermo vulgaris* y, aún más, del *sermo rusticus* sigue esperando el esfuerzo conjunto de lingüistas e historiadores.

Mención especial, por cuanto no solo se refiere a sus múltiples servicios prestados al hombre sino también a sus condiciones de existencia, merece la obra místico-asnil de Apuleyo. Su protagonista, Lucio, obligado a seguir fielmente la secuencia mística, caída-pecado/ sufrimiento-purificación/ salvación-comunión con la divinidad, es convertido en asno, constituyendo sus experiencias vitales como tal animal el núcleo del relato. Su discurrir asnil, proporcional a la grandeza que solo puede otorgar la salvación isíaca, supone, con su dolor y sufrimiento, el contrapunto necesario a la felicidad de los redimidos, para siempre, por la diosa del sistro. Convertido Lucio en asno, pues (III, 4), es coceado de inmediato, apaleado con grueso y nudoso leño, sobrecargado con mobiliario y otros enseres y vuelto a apalear hasta el extremo que «dejaron mi triste pellejo que aún para hacer cribas no era bueno» (III, 5). Nuevamente apaleado, para escapar y volver a serlo, de nuevo con las espaldas abiertas,

prana Edad Media, la difusión de los autores que le sirvieron de modelo. Tal hecho podría deberse, precisamente, a la manejabilidad de un compendio ejecutado en forma de cómodo calendario o anuario agrícola y ganadero.

¹⁸ Aunque sí atienda a todos los jumentos en conjunto: sobre medicina general (XIV, 22); sobre el catarro (23); sobre la sarna (24); sobre las heridas y otras infecciones (25) y sobre la inapetencia y otras enfermedades (26).

hasta lograr salvarse, solo temporalmente, gracias a que sus esfínteres, ya torpes por el dolor y el miedo, expelieron tal pestilencia que los ladrones que le agredían debieron alejarse. Pero, no mucho después, vuelve a verse cargado más allá de donde sus masacradas espaldas podían soportar y sus patas doloridas sostener (IV, 1). Apenas finalizado el relato de Psiche y Cupido, otra vez más, es herido con furia hasta que, roto el cabestro, aún con su pata derecha quebrada, logra escapar de la muerte para, una vez vuelto a atrapar, ser golpeado con más saña y ahinco (VI, 4). Convertido, ahora, en su peregrinar por los más duros y viles oficios, en bestia de molino, debe empujar y empujar, más allá de donde sus fuerzas le permiten bajo el estímulo constante de duros troncos y picas, a duras penas alimentado con un pienso que tenía más piedras que sucio salvado. Empleado, ahora; para cargar y traer leña del monte, es entregado «al más falso y maligno rapaz de todo el mundo», sobrecargado, casi sin pellejo, ya solo las carnes desnudas de los palos, cubierto de llagas, la cabeza dolorida de los golpes y con un buen manojo de espinas y púas debajo de su cola, que aquel muchacho le dispusiera solo por el placer de atormentarle. Salvado de la peor de las suertes por dos oportunas coces al terrible gañán, es represaliado por éste, que prende fuego a la carga que llevaba y, con ello, también al infeliz burro. Poco después, fuertemente atado y ya inmovilizado, es reprendido con la gruesa tranca de una puerta y quemado en sus ingles con un tizón ardiendo, logrando escapar solo gracias a una oportuna meada dirigida a los ojos del agresor (VII, 4). Recorriendo todas las caras del dolor, unas veces es atormentado por el miedo a los lobos (VIII, 2), otras, bien atado a un viejo roble, es azotado con un verbajo construido con huesos de ovejas hasta las puertas de la muerte (VIII, 3). Siempre entre golpes y peligros, cada vez mayores, vendido y revendido, a humillantes precios, además, trabaja hasta la extenuación para un tahonero y su piedra de molino, para un hortelano, para un cocinero... Y, por fin, cuando logra cobijar su miserable vida bajo un amo bueno, resulta éste ser tan pobre que debía pasar las noches, friolero él, como todos los burros, atormentado por el frío y la lluvia¹⁹. Pero, para ese amo pobre, son las únicas palabras de ternura, para aquel que con él, siendo asno, compartía todo lo que tenía «porque igual era la cena

¹⁹ Se recuerda que, para los antiguos estudiosos del asno, el burro fue siempre un animal friolero e incapaz de adaptarse a los climas fríos. Así Plinio (VIII, 167), tras las huellas de Aristóteles, afirma que *Ipsum animal frigoris maxime impatiens* y que, incluso, *Partus caritas summa, sed aquarum taedium maius...nec pontes transeunt per raritatem eorum traslucentibus fluviis* (VIII, 169).

a mí y a mi amo, y cierto no había diferencia, pero era bien poca: hojas de lechuga viejas sin sabor, aquellas que de mucha vejez estaban espigadas de la simiente, tan altas como escobas, que ya el zumo de ellas se había tornado como carcoma amarga» (IX, 5). Vale la pena, en fin, para terminar de evocar las desgracias de su peregrinación asnil, escuchar su voz describiendo a sus ocasionales compañeros de oficio, sin distinción, hombres y jumentos, en una denuncia de la explotación sin precedentes: «...paréme a mirar la familia y gente de aquella casa. ¡Oh Dios, y qué pobres hombres había allí! ¡todos pintados con las señales de los azotes que les daban, las espaldas negras de las heridas y palos, con una especie de albardillas de esparto más para cobertura que para vestidura; otros solamente en paños menores para cubrir sus vergüenzas, tan rotos que se les veía casi todo; marcados por el hierro en la frente y sus pies sujetos con argollas; tenían las cabezas trasquiladas, los ojos pelados y las pestañas comidas por el humo y el hollín de la casa; por ello, tenían los ojos enfermos y blanqueaban con la ceniza sucia de la harina, como cuando los gladiadores que quieren luchar se espolvorean con tierra!. Y de mis compañeros, los otros asnos y acémilas que molían, ¿qué podría decir? Cuán cansados aquellos mulos y aquellos jacones tan flacos; cerca de los pesebres, con las cabezas bajas, royendo granzones de paja, con los pescuezos desollados y llenos de llagas putrefactas, las narices abiertas, que de puro cansados no eran capaces de tomar aliento; los pechos enfermos por la enfermedad del muermo sin parar de toser y pelados y cubiertos de llagas, de los antepechos que les ponían para moler, que casi se les veían los huesos; los cascós de pies y manos alzados hacia arriba por no haberse protegido con el errado, y mocos de haber andado dando tantas vueltas; todo el pellejo cubierto de sarna de magrez y flaqueza» (IX, 3). ¡Cuántas desventuras en su condición de humilde jumento hasta que lo salvara la gran diosa, coronada de flores, «madre y natura de todo, señora de todos los elementos, principio y generación de los siglos, la mayor de los dioses y reina de los muertos, la única de todos los dioses y diosas del cielo dispensadora de las alturas resplandecientes del cielo, las aguas saludables del mar y los secretos lloros del infierno»! (XI, 1).

Cuanto se acaba de relatar sobre el sentido simbólico del asno en Apuleyo podría aplicarse al *Lucio o el asno* de Luciano. Pero, aún a riesgo de seguir cometiendo otra injusticia más con el autor de Samósata²⁰,

²⁰ Todos los estudiosos confirman la relación existente entre estas dos obras coetáneas y de argumento, en lo fundamental, casi exacto, pero difieren en cuanto al tipo de relación existente. Para unos, *el asno* de Luciano proviene del de Apuleyo. Para otros, es el de

considero vanal, en estos momentos, extenderme en él. Baste decir que las dos obras, en lo que concierne al tema, son tan similares que su tratamiento conduciría a pesadas reiteraciones.

Escasa, por tanto, en relación con la transcendencia de los servicios prestados al hombre, es la presencia del asno en una tradición escrita en la que no se encuentran, además, vestigios claros que pudieran servir de fundamento al desarrollo de la simbología que motiva este trabajo. Poco aporta, desde luego, el esfuerzo de los naturalistas, que, en ningún caso, puede servir de base para la elaboración de las insuficiencias asniles, encontrándose, en Plinio, por el contrario, una clara reivindicación de las utilidades y servicios ofrecidos al hombre por este humilde cuadrúpedo. Otro tanto, y con más nitidez, ofrece Columela, para mostrarse, ya en Apuleyo y Luciano, la cara más dura de la explotación a que solía estar sometido. En Apuleyo, obligado el protagonista, Lucio, por exigencias de un guión que le forzaba a cumplir su particular purgatorio, a convertirse en lo más abyecto de la naturaleza, es transformado en asno para redimir sus pecados con unas condiciones de vida, con un grado de explotación y sufrimiento sin parangón en el reino animal. Parece que puede afirmarse, por tanto, que el burro, en Apuleyo y Luciano, es símbolo de explotación, pero debe reconocerse que queda, aún, cierta distancia, que deberá ser explicada, hasta llegar a concretarse en paradigma de necesidad e incapacidad.

IV. LA TRADICIÓN ORAL

Más generosos con nuestra búsqueda se ofrecen los restos de la tradición oral, si bien cabe distinguir, en ellos, una breve y malvada, muy breve y muy malvada, presencia del burro en la paremiografía de otra

Apuleyo el que viene de Luciano. Para unos terceros, tanto el de Apuleyo, como el de Luciano son adaptaciones de una fuente común (a la que, en ocasiones, se llega a poner nombre y apellidos: Lucio de Patras). No faltan, tampoco, quienes, dado el carácter diferente con respecto al resto de sus obras, niegan la paternidad sobre este peculiar *asno griego* a Luciano. La injusticia aludida se refiere a los méritos reconocidos al *asno* de Apuleyo y el casi silencio o deméritos otorgados al «espúreo» de Luciano, por cuanto el primero, sin entrar en polémicas sobre relaciones de dependencia ni paternidades, no hace sino ampliar la trama, incluir algunos episodios (como el cuento de «Cupido y Psiche»), impregnarla de su sensibilidad religiosa y poco más. Sin embargo, he de reconocer que, al detenerme más en Apuleyo, no hago sino seguir la tónica general que diera comienzo, ya entonces, al ser excluido Luciano por Filóstrato de sus *Vidas de los Sofistas*.

más amplia y positiva, y también más compleja, en los restos de la fabulística.

Una sola referencia proverbial, pero, eso sí, de amplia fama, presenta al burro, como un personaje petulante, pretencioso, vanidoso, con aspiraciones a desarrollar un papel letrado o artístico que no le corresponde: se trata del *asinus ad liram*²¹, que llegó a adquirir una gran difusión tanto en ámbito griego como romano. Pero son mas abundantes, conectadas con esta tradición, aquellas que lo ofrecen como un personaje necio, vil,

²¹ Con antecedentes mesopotámicos, que ya en el tercer milenio ponían en contacto al asno con la lira, en griego, parece significar a una persona con tan poca sensibilidad que no sabe disfrutar del sonido de la lira y se aleja de ella. Cf. Cratino (Fr. 247 K. A.) afirmando que los asnos se mantienen alejados de la lira; Menandro (fr. 460 K. Th.); Aristeneto (*Ep.*, 140 G). Se encuentra atestiguada entre los paremiógrafos griegos: Diogen., 7, 33; Greg. Cyr., 3, 29; Macar., 2, 39 y 6, 38; Arsen., 12, 91a; Apost., 12, 82 y da título a una de las *Sátiras menipeas* de Varrón y argumento a una de las fábulas fedrianas (*Ap.* 12). Cf., además, Luciano, *Diálogo de las meretrices*, 14, 4; *De mercede conductis*, 25; *Adversus indoctum*, 4. Con la unidad citada podría relacionarse la expresión *asinus in cathedra*, a la que hay que conceder un origen antiguo, aunque solo esté atestiguada para ámbito medieval (*asinus in scanno, se vult similare magistro*, Walther, 1452), que denotaría al ignorante, intelectualmente espeso, que asumiría y se arrojaría las funciones de maestro. Se recuerda la extrema dificultad de precisar la medida en que una unidad pudo ser oralizada y se opta por incluir todas aquellas que reunieran alguna condición para ello, conscientes, no obstante, de que podrían incluirse algunas que no llegaron a serlo, pero se prefiere pecar por exceso, en este caso, a incurrir en el riesgo de dejar excluida y condenada a alguna de ellas, en tanto que constituyen, además, un referente del pensamiento de quien las creó o usó. Para su selección, además de la cuidadosa lectura de los autores antiguos, se han tenido en cuenta los criterios de los compendios existentes, como, por ejemplo, Arthaber, A., *Dizionario comparato di proverbi e modi proverbiali*, Milán, 1972; Bartels, K. & Huber, L., *Veni. Vidi. Vici. Geflügelte Worte aus dem Griechischen und Lateinischen*, Zurich, 1978; Binder, *Novus Thesaurus adagiorum latinorum*, 1971; Buchmann, G., *Geflügelte Worte*, Berlín, 1972; Bühler, W., *Zenobii Athoi Proverbia*, Gottinga, I y IV, 1982 y 1987; *Corpus paroemiographorum graecorum*, Hildesheim, 1961; De Mauri, L., *5000 proverbi e motti latini. Flores sententiarum*, Milán, 1977; Curotto, E., *Monumenta sapientiae. Thesaurus sententiarum*, Turín, 1930; Di Capua, F., *Sentenze e proverbi nella tecnica oratoria e loro influenza sull'arte del periodare*, Nápoles, 1946; Friedrich, O., *Publilius Siro Mimi Sententiae, (Caecilii Balbi, Pseudo-Senecae proverborum, Pseudo-Siro)*, Hildesheim, 1964; Fumagalli, G. L., *L'ape latina. Dizzionario de 2948 sentenze, proverbi, motti, divise, frasi e locuzione latine*. Milán, 1935; Gaisford, Th., *Paroemiographi Graeci*, Oxford, 1836; Haussler, R., *Nachträge zu Otto, Sprichwörter uns sprich. Redens. der Römer*, Darmstadt, 1968; Herretero Llorente, V., *Diccionario de frases y expresiones latinas*, Madrid, 1992; Jäkel, S., *Menandri Sententiae*, Leipzig, 1964; Knecht, Th., *Das Römische Sprichwort*, Munich, 1986; Leutsch, E. & Schneidewin, F., *Corpus paroemiographorum graecorum*, I y II, Gottinga, 1839-1859; Merminod, Y., *Expressions et proverbes latines, adages juridiques*, Neuchâtel, 1992; Meyer, *Anthologia latina*, Leipzig, 1835; Odorico, P., *Il prato e l'ape*, Viena, 1986;

incapaz y poco valioso. Así, se muestra la idea de que el burro no es solo incapaz de disfrutar del sonido melodioso de la lira sino que tampoco es capaz de entender nada, por más que mueva las orejas, que se verían, ya por sí mismas, convertidas en símbolo de necedad²².

Incapaz de distinguir lo bueno de lo malo, el manjar más esquisito del peligroso, devora con fruicción cardos²³, ortigas o espinos y otras plantas igualmente viles, prefiriendo el más humilde forraje al brillo del oro:

Asinus stramenta mavult quam aurum (Herrero, 790). De ahí que distintas locuciones asocien permanentemente al asno con la necedad, como el saludo injurioso ya tardío *asnis burris, campis pacis* (Herrero, 791) o la expresión, en latín vulgar, *ab asino petire lanam*²⁴, de tanta raigambre en lenguas modernas.

Otto, A., *Die Sprichwörter und sprichwörtlichen Redensarten der Römer*, Leipzig, 1890; Parachini, P., *Lexicon paroemiacum seu MDC proverbia et peoverbalia Romanorum*, Turín, 1960; Roos, P., *Sentenza e proverbio nell' antichità e Distici di Catone*, Brescia, 1984; Ruprecht, K., «Paroimia. Paroimiographoi» RE, 18, (1949) 1735-1778; Schmidt, P., *Proverbia sententiaeque latinitatis medii ac recentioris Aevi*, Göttingen, 1982-86, 3 vols; Stromberg, R., *Greek Proverbs*, Goteburgo, 1953; Tosi, R., *Dizionario delle sentenze latine e greche. 10000 citazioni dall' antichità al Rinascimento*, Milán, 1991; Valenti, E., & Gali, N., *Aurea dicta. Dichos y proverbios del mundo clásico*, Barcelona, 1990; Walther, H., *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters in Alphabetischer Anordnung*, I-V, leipzig, 1963-1967.

²² Sobre el asno como símbolo de necedad en tradición griega y romana, cf. Zenob., 5, 42; Diogen. 7, 30; Greg. Cyr., 3, 30; M. 4, 67; Phot. 339, 17; Suda o 393. Reforzado con la idea de hablar a los sordos, Horacio, *Ep.*, 2, 1, 199 ss., diciendo: *Scriptores autem narrare putaret asello fabellam surdo*, con la que se relaciona la medieval *surdo asello, narrata est fabella* (Walther, 30874e). No hace falta insistir en la medida en que, en los países mediterráneos, las orejas del burro se han convertido en estigma de necedad y, aún hoy, allí donde las leyes y la sensibilidad de los profesores lo permiten, se sigue castigando a los niños del mismo modo que fuera castigado el rey Midas al juzgar, en favor de Marsias, la pugna musical entre éste y Apolo (cf. Ovidio, *Met.*, XI, 287-345. Aún cuando se conozcan otras explicaciones como la que alude a la necedad del rey muerto de hambre por haber pedido y obtenido de Baco que se convirtiera en oro todo lo que tocara, según el mismo Ovidio, *Met.*, XI, 184- 270). Ese castigo llegó, a su vez, a convertirse en proverbial: cf., el *Auriculas asini Mida rex habet* de Persio (1, 121) y la tradición paremiográfica griega (por ejemplo, Diogen., 6, 73; Apost., 13, 17; Suda m 1036). En castellano, «al burro se le conoce por las orejas, y al necio por los ojos y las cejas»; «quien de asno trae su ralea, cuando rebuzna, orejea».

²³ *Similem habent labra lactucam asino carduos comedente* (S. Jerónimo, *Ep.*, 7, 5, testimoniando a Lucilio, 1299 en torno a la única ocasión en que se vio sonreír a Craso al contemplar cómo un asno devoraba cardos).

²⁴ Su uso proverbial en Zenob., vulg. 5, 38; Diogen., 4, 85 y 6, 99, Macar., 6, 35; Apost., 12, 89; Phot., 337, 25; Suda, o 399; Eustacio, *Com. Hom.*, 2, 40, 1-3 V y 3, 8, 3 s. V. Y suficientemente testimoniado en lenguas modernas: «Dall' asino non cercar lana».

Resulta, así, la figura del asno, en el escaso, aunque persistente, número de paremias referidas a él, embrutecida, maltratada, envilecida, zarandeada por el insulto y el sarcasmo hasta hacerla tolerable solo para animales de su misma especie. La maldad y el ánimo de injuriar está presente en unidades como *Asinus asino, et sus sui pulcher*²⁵ (Herrero 785) o *Asinus asinum fricat*²⁶ (Herrero, 786).

Es escasa, pues, aunque significativa, la presencia de paremias referidas a la tradición objeto de estudio. Tradición que, sin embargo, se ve confirmada por el vigor de un tipo muy especial de expresiones coloquiales o familiares, los *maledicta*²⁷, propios, si hubiera acuerdo sobre tal concepto,

²⁵ Se llama la atención sobre el hecho de que el refrán reúne a dos de los animales, quizás, más útiles de la Antigüedad y también más masacrados y explotados por la voz culta y popular. Abundan los refraneros en unidades de todo tipo que destacan la incapacidad. Algunos ejemplos: «Para el asno no hay otra cosa más bella que otro asno»; «every ass loves to hear himself bray»; «un asno a otro parécele Apolo»; «un asino gratta l'altro»; «Asno, jumento y burro, todo es uno»; «burro que coces no diera, burro no fuera»; «amor de burro, bocados, coces y rebuznos»; «Quien con burros ara, la tierra araña»; «del asno no has de esperar, sino coces, pedos y rebuznar»; «l'asino non mangia zafferano/trifoglio»; «l'asino cattivo, ribalta la mola»; «qui asino nasce, asino muore». Aunque no deje de reconocerse su utilidad como mal menor. Por ejemplo, «meglio un asino cattivo, que mola a spalla»; «meglio un asino vivo, che non un dottore morto»; «in mancanza dei cavalli, sono buoni gli asini». Sobre su terquedad, por ejemplo, «on ne saurait faire boire un âne qui n'a pas soif»; «trenta monaci ed un abate, non farebbero bere un asino per forza» y, en castellano, «no llevarán el asno al agua, si no tiene gana» o el escatológico «treinta monjes y un abad, no hacen a un burro cagar». Aunque, también, se le reconozca capacidad de aprendizaje: «L'asino, dove e cascato una volta, non ci casca piu»; «even an ass will not fall twice in the same quicksand».

²⁶ Para indicar que lo peor alaba a lo peor y, en el ámbito de la sabiduría, referido a los torpes que mutuamente se elogian. En castellano, «para rascarse, andan los burros a buscarse»; «dos asnos juntos, rasca el uno al otro y el otro al uno» o, más fielmente, «un asno rasca a otro asno»; «un âne frotte l'âne».

²⁷ El hecho de no incluir, explícitamente, los *maledicta*, insultos y demás maldiciones o «tacos» dentro de la categoría de paremias no significa definirme en torno al problema conceptual y metodológico planteado, en los últimos años, por los paremiólogos sobre su inclusión o exclusión en el género. Más aún, a pesar de la buena dosis de problemas teóricos que acarrearía su inclusión, soy partidario decidido, con el debido respeto hacia los expertos, de su inclusión con todas las consecuencias, venciendo objeciones y resistencias de una timorata pudibundez académica. Su consideración, además de los avances lingüísticos que habría de proporcionar, podría permitir, sin duda, un acercamiento más certero a las gentes de ayer y de hoy. En este sentido, son fundamentales las consideraciones de E. Beaumatin, «...Fragments d'une métalinguistique du silence euphémique...», *Coll. Int. «Oralidad y escritura. Literatura paremiológica y refranero*, Orléans, 1993, en *Paremia*, 2, p. 33 ss. y, recientemente, «El papel de la distinción lengua/discurso en la tipología paremiológica con especial atención de los *maledicta*», *Actas de I Cong. Intern. de Paremiología*, Madrid, 1996, en *Paremia*, 6, 1997, p. 101 ss.

del latín vulgar. Estas unidades lingüísticas parecen atestiguar que, al menos en la época y lugar en que se usaban, se había ya desarrollado claramente el proceso de adjetivación del término asno con el significado, al margen de otras connotaciones peyorativas, de necio, torpe o incapaz de aprender²⁸. De este modo, Plauto hace exclamar a Balión, mientras golpea e insulta sus esclavos: *homines magis asinos numquam vidi* (*Pseud.*, 136). El uso del término *asinus* con sentido similar es retomado por Cicerón (*Ad Att.*, 4, 5, 3 y *De Orat.*, 2, 66, 267 y *In Pis.*, 30, 73²⁹) y Terencio (*Eunuch.*, 597 s.), tomando un cariz claramente injurioso ya en el mismo Terencio (*Adelp.*, 935;

²⁸ Por supuesto, ni en el mundo antiguo, ni hoy, el burro es el único referente metafórico de la necedad. Es Plauto uno de los autores más prolíficos en el uso de modismos coloquiales y, por tanto, más útiles para este tipo de pesquisas. Su lengua explota, con éxito, todas las enormes posibilidades de la lengua familiar dando entrada al chiste, el dicho y el refrán, disponiendo oportunamente en la boca de sus personajes, sobre todo en los de condición social más baja, todo tipo de expresiones proverbiales populares, más o menos vulgares y, en ocasiones, groseras: fórmulas típicas de juramento y maldición, imprecaciones y maldiciones, amenazas e insultos, refranes y dichos se suceden en su teatro, ofreciendo un aspecto de la lengua popular que, de no ser por él, se habría perdido para siempre. Y en Plauto, es posible encontrar, por ejemplo, con este mismo sentido de tosquedad mental, alusiones a la seta (*me fuisse fungum*, dice el viejo Nicóbulo en *Bach.*, 283), al cerdo (*Miles*, 586 s.), al caballo (*Asin.*, 704) o a la piedra (*Neque habet plus sapientiae quam lapis*, se lee en *Miles*, 236 e, igualmente, la misma alusión, en *Bach.*, 1088; *Mercator*, 631; *Miles*, 1024; *Mostellaria*, 1073; *Poenulus*, 291, aludiendo a la piedra como modelo de estupidez por cuanto permanece siempre insensible e inmóvil). Naturalmente, el elenco podría ampliarse mediante el manejo de autores «propicios», como Terencio (por ejemplo, *Heautont.*, 831 y 917; *Hecyra*, 214), los satíricos, Varrón (*Sat. men.*, 37 B., refiriéndose al mulo), Horacio (*Sat.*, 2, 8, 72) y Juvenal (en 16, 22- 25 habla de *mulino corde*) o los siempre prolíficos Apuleyo (quien, en *Met.*, 1, 15, dice, por ejemplo *cucurbitae caput non habemus*) y Petronio, quien vuelve sobre el tema de la calabaza como símbolo de incompetencia, por no hablar de la conocida obra de Séneca *Divi Claudii 'apokolokúntosis'*, donde satiriza las escasas dotes mentales del emperador Claudio o de la profusión, en estos temas, de Luciano. Si bien, debe destacarse que todas estas referencias a otros animales u objetos decaen, tanto por su expresividad como por la frecuencia de su uso, ante la vitalidad de la alusión al burro como paradigma de necedad e incapacidad.

²⁹ Donde exclama: *Quid nunc te, asine, litteras doceam*. Cf. Horacio, *Sat.*, 1, 1, 90, s., donde el tratar de mantener los afectos anteponiéndolos al dinero es comparado con la tentativa de enseñar a un asno a correr en el campo de Marte. Y viene a la memoria, ahora, entre las mil y una polémicas y diatribas que explotaron, en la Antigüedad, los recursos descalificatorios que ofrecían las imputaciones asniles, la vitalidad de las recurrentes acusaciones contra unos cristianos que fueron frecuentemente llamados *asinarii*, por considerar que adoraban, como los judíos, una cabeza de asno. Sobre los giros y peculiaridades asniles de la diatriba pagano-cristiana y su manifestación en Apiano, Tácito, Plutarco, Celso, Minucio Félix o Tertuliano, por ejemplo, todavía pueden leerse, con encanto, las ofertas documentales de la *Apología*, especialmente, las págs. 215- 227.

Heautont., 876 s.)³⁰. En otras ocasiones, se utiliza la figura de este animal para resaltar el carácter absolutamente inútil, absurdo o increíble de determinadas acciones: así ocurre con las expresiones que significan «buscar lana del asno»³¹ o «ver un asno en el tejado»³². Ese carácter inútil y absurdo, sin sentido, de determinadas acciones es indicado, igualmente, con la expresión proverbial «discutir sobre la sombra del asno», donde lo vanal y ridículo de la necia contienda se ve reforzado, subliminalmente, por asociación de ideas, por las connotaciones del animal³³.

Al dirigir la mirada hacia el otro gran género oral hermano, hacia la fabulística y otros tipos de relatos similares, comienzan a percibirse unos nuevos tonos y matices sobre la simbología del asno que, sin duda, no dejan de enriquecer la comprensión ideológica del «fenómeno asno» en la Antigüedad. Llama, en primer lugar, la atención el elevadísimo porcentaje de relatos que, en relación con la afinidad con este animal de sus creadores y propagadores, lo aluden e, incluso, lo adoptan como prota-

³⁰ Cf., además, Marcial, 6, 39, 15- 17 y S. Jerónimo, *Ep.*, 125, 18.

³¹ La alusión disfruta de amplia tradición proverbial (Véase Zenob. vulg. 5, 38; Diogen., 6, 99; *App. Prov.*, 2, 29; Macar., 6, 35; Apost., 12, 89) y lexicográfica (Hesych., 926; Phot., 337, 25; 338, 8 s.; *Suda* o 399). Cf., además, Eustacio, *Comm. Hom.* 2, 40, 1- 3 V y 3, 8, 3 V; Aristófanes, *Ranas*, 186; Cratino, fr.367 K. & A.; Pausanias, 10, 29, 2; Plutarco, *De tranq. animi*, 473 c.

³² Después que Nicerote terminara de narrar la aventura del hombre-lobo, Petronio (63, 1) hace exclamar a Trimalción, por no ser menos, que él también había visto un asno en un tejado: *Nam et ipse vobis rem horribilem narrabo: asinus in tegulis*. Similar uso, aunque esta vez los protagonistas de las alturas sean dos bueyes, se encuentra en Livio, 36, 37, quizás relacionado con la conocida fábula 125 de Babrio.

³³ El dicho está suficientemente atestiguado como tal. Cf., Aristófanes, *Avispas*, 191; Sofocles, fr. 331 R; Platón, *Fedro*, 260c; Menandro, fr. 199 K.-Th.; Luciano, *Hermot.*, 71; Dión Crisóstomo, *Or.*, 34, 59 y, según Aristóteles (fr. 625 Rose), habría dado título a una comedia perdida de Arquipo. El sentido de la acción está recogido por los escolios a las referencias citadas así como por los lexicógrafos y paremiógrafos: Hesich., o 927 L; Phot., 338, 15- 339, 11 P; *Suda* o 400, u 327; Zenob. vulg., 6, 28; Diogen., 7, 1; Greg. Cyr., 3, 87 y L 3, 23; *App. Prov.*, 4, 26; Macar., 6, 37; Apost., 12, 92 y 17, 69; Arsen., 14, 22a. En todos ellos se alude a una curiosa historia. En ella, Demóstenes, estando defendiendo a un hombre de la pena capital y observando a los jueces distraídos les contó este relato: iba un joven de atenas a Megara y a mitad del camino, fatigado por el sol y el cansancio, se paró para descansar a la sombra del asno alquilado que le portaba y que, viéndole al dueño del burro, lo llevó a juicio sosteniendo que había alquilado el asno pero no su sombra. Al interrumpir Demóstenes el relato e instarle los jueces, interesados, a que lo concluyera, él les respondió que era asombroso que se interesasen más por *la sombra de un asno* que por el destino de una vida humana. Ciertas semejanzas con esta expresión, por cuanto se alude a acciones necias y sin sentido, tiene la variante de Horacio (*Ep.*, 1, 18, 15) *Rixatur de lana caprina*. La anécdota, está incluida, por lo demás, en el *corpus* fabulístico por Rodríguez Adrados, como se verá más adelante.

gonista hasta convertirlo en uno de los personajes-clave del género. En segundo término, manteniendo una parte de la simbología otorgada por otros géneros, como no podía ser menos, como es el caso de ser considerado eterno referente de la explotación, de la necedad e incapacidad, se le otorga, sin embargo, otras tonalidades, incluso positivas, que hacen más compleja la interpretación de su simbología.

Algunas unidades presentan al burro, aparentemente, a veces solo aparentemente ³⁴, como un personaje presuntuoso y petulante y, naturalmente, el género castiga con violencia todo intento por escapar de la conducta que a todo ser le viene impuesta por su propia naturaleza. Tanto más necia es considerada una conducta cuanto más se aparta de esos dictados y, en consecuencia, así es tildado el comportamiento de todo aquel que intente sobrepasarlos. Olvidando sus limitaciones naturales, se empeña el burro, de «el asno, el gallo y el león» ³⁵, en perseguir al león que huía y muere. Con ello, demuestra su necedad, que es castigada, al modo que lo hace el género, por no adaptarse a la naturaleza, pero también demuestra insumisión ante esos dictados y deseos de cambio.

Se empeña el burro, de «El burro y las cigarras» ³⁶ en lograr cualidades que no le corresponden... y muere de hambre. Terminan golpeando

³⁴ En el análisis de contenidos de cada unidad, es preciso distinguir, claramente, entre lo que dice (el contenido de las «premisas» en que se asienta el relato o puesta en escena de la situación, casi siempre, conflictiva) y lo que quiere decir («desarrollo de la acción o moraleja»), muchas veces enfrentados. Existen, así, al menos, dos niveles de interpretación que siempre deben ser tenidos en cuenta. Se llama la atención sobre el error que, en nuestra opinión supone, quedarse solo con el «mensaje de la moraleja» relegando el núcleo del relato como fuente que son las premisas del mismo, estrechamente dependientes de la forma de comprender la realidad social, de la sensibilidad y de la actitud vital de sus creadores y propulsores. Resulta imposible aquí siquiera hacer un esbozo de la metodología, para su uso histórico, de los restos orales. Reenvío a mis trabajos sobre el tema publicados en esta misma revista (1991-1997).

³⁵ P. 82; H.84; Ch. 269. R. A. p. 101- 102. En las citas de las fábulas contenidas en las colecciones anónimas, se sigue, generalmente, la edición de B. E. Perry, *Aesopica*, Urbana, 1952 (citado como P.), pero se ofrecen, además, las correspondencias con la de Hausrath, *Corpus Fabularum Aesopicarum*, Leipzig, 1940- 1965 (citado como H.) y la de Chambry, *Aesopi Fabulae*, París, 1925 (citado como Ch.). Los criterios de edición de los tres autores son diferentes. Mientras H. y Ch. ofrecen las distintas versiones de cada fábula, ofreciendo las variantes de cada unidad, P. solo da , para cada fábula, la versión que considera más antigua. La consulta, al menos, de las tres ediciones se considera imprescindible. Igualmente, se ofrecen, cuando se juzga oportuno, las páginas dedicadas a cada unidad por Rodríguez Adrados en su *Historia de la fábula grecolatina (III). Inventario y documentación de la fábula grecolatina*, Madrid, 1987 (citado como R. A.).

³⁶ P. 184; H. 194; Ch. 264; R. A. p.199. Dice la fábula: «Un burro que oyó a unas cigarras cantar, disfrutó con su armonía, y envidioso de su voz, les preguntó qué comían

con el garrote al burro, de «el burro que llevaba una estatua»³⁷, porque, engreído con las muestras de respeto que se rendían a su carga, pensaba que se le dedicaban a él mismo. Pero, si es verdad que muestra desatino y necedad, también es cierto que manifiesta insatisfacción vital con su nivel de aceptación y estar dispuesto, rápidamente, a asumir un papel más importante en la sociedad. Jactancia desmedida y, en suma, desatino, castigado dialécticamente por el cierre de la zorra, el del asno, de «el asno disfrazado de león»³⁸, que cubierto con la piel del felino se dedicaba a asustar a los otros animales. Su conducta puede ser considerada necia por desmedida, por no adaptarse a la medida que la naturaleza impone a cada uno, desde luego, pero expresa insatisfacción con su vida, deseos de cambio y de mejora en el papel que debe asumir en la comunidad. Reconoce el propio asno, de «el asno a la lira»³⁹, su impericia y desconocimiento del arte, pero no debe olvidarse que «con su pezuña tocó una y otra vez las cuerdas» manifestando, pues, empeño en lograrlo.

Tres unidades ofrecen una imagen del asno que parece simbolizar, sobre todo, su incapacidad y limitaciones naturales. De este modo, debe reconocer la mula, de «la mula»⁴⁰, su fracaso, al intentar correr y deber acordarse de que su padre había sido un asno. Poca consideración recibe el asno, en la anécdota laerciana (7, 185) que cuenta cómo el cómico Filemón, estando a punto de morir, viendo a un burro comerse sus higos, sin perder el humor, dice a su esclavo: «da también vino al asno»⁴¹. Inutilidad y torpeza, sobre todo torpeza, la que manifiesta el asno, de «la entrada del asno»⁴², que al entrar en el taller del alfarero espanta las gallinas y causa un estropicio entre

para cantar un canto tan hermoso. `Rocío', le contestaron las cigarras. El burro, esperando alimentarse con el rocío, murió de hambre. Así, quienes desean cosas contrarias a la naturaleza, además de no lograrlas, sufren las mayores desgracias».

³⁷ P. 182; H. 193; Ch. 266; R. A. p. 198.

³⁸ P. 188; H. 199; Ch. 267; R. A. p. 202- 203. En la versión babriana (139), el desenlace no es solo dialéctico y resulta golpeado al serle arebatada la piel por una racha de viento.

³⁹ Fedro, *Ap.* 14. esta unidad está sólidamente emparentada, como se ha visto, con la tradición paremiológica.

⁴⁰ P. 315 y 315a; H. 285; Ch. 129; R. A. p. 265. Babrio, 62. Dice Babrio: «Una mula que, estando ociosa, comía forraje en su pesebre, comenzó a retozar un día y se puso a correr diciendo: `Mi madre es una yegua y yo en nada soy inferior a ella en la carrera. De pronto, detuvo su carrera, avergonzada, bajando la cabeza: se estaba acordando de que su padre era un asno».

⁴¹ La anécdota es referida, además, por V. Max. I, 12, Estacio, 6 y Luciano, *Macr.*, 25.

⁴² Zenodoto, V, 39. En la respuesta del asnero está latente una afirmación de la vileza, pequeñez e insignificancia del protagonista.

los cacharros, por lo que, al ser llevado a juicio su amo y ser preguntado por el motivo de la querella, respondió: «por la entrada de un asno». Respuesta ésta que, convertida ya en proverbio, no deja de evocar aquella otra anécdota ya aludida, en el repaso paremiológico, con el título de «la sombra del asno»⁴³, en la que se da por supuesta la poca valía del animal, la menor importancia de su sombra y, en consecuencia, la futilidad e imbecilidad absoluta que supone el hecho de discutir sobre esa misma sombra.

Desde luego, un significativo número de unidades sigue ofreciendo la figura del burro como símbolo de explotación. El caso extremo se encuentra en la triste condición de aquel pobre burro, de «los sacerdotes de Cibele»⁴⁴, que, aún después de muerto, de cansancio y fatiga, convertida ya su piel en panderos, hace exclamar a sus explotadores, los sacerdotes, al ser preguntados por su paradero, entre chanzas y sarcasmos: «se ha muerto y recibe ahora aún más palos que nunca aguantó en vida». Incapaz de soportar por más tiempo su sobrecarga, resulta despeñado y reventado el infeliz jumento de «el asno y la mula»⁴⁵. Prefiere los riesgos de la vida salvaje el onagro, de «el asno salvaje»⁴⁶, a la mejor alimentación del doméstico, cuando observa a su compañero cargado y seguido por el arriero que lo golpeaba. Provocan las carcajadas del arriero los rebuznos y saltos del burro, de «el burro, el cuervo y el lobo»⁴⁷, al sentir sobre su herida los picotazos del cuervo. Sufre peor trato, menos alimento y más trabajo, el asno que el caballo, de «el asno y el caballo»⁴⁸. Conoce la realidad de su explotación y apunta cierta rebeldía en su conducta, el asno, de «el asno al viejo pastor»⁴⁹. Discriminada negativamente, por no variar, resulta la burra, de «el buey y la burra»⁵⁰, cuando, además de formar pareja en el yugo junto con

⁴³ La anécdota está incluida por R. A. en el *corpus* fabulístico (no H. 234)

⁴⁴ P. 164; H. 173; Ch. 236. Luc., *Asin.*, 35; Apul., *Met.*, 8, 24.

⁴⁵ P. 181; H. 192; Ch. 142 f; R.A. p. 196- 197; Babrio, 7.

⁴⁶ P. 183; H. 194; Ch. 264; R. A. p. 198- 199.

⁴⁷ P. 190; H. 202; Ch. 274; R. A. p. 205.

⁴⁸ P. 357; H. 272; Ch. 269b y 269c; R. A. 255- 256. El argumento ofrece distintas variantes, según las versiones.

⁴⁹ Fedro, I, 15. La fábula dice: «En un cambio de gobierno, nada cambia para el pobre, solo cambia de amo. El siguiente apólogo lo prueba que esto es cierto: Un pobre anciano apacentaba su asnillo en un prado. Espantado por el repentino clamor de los enemigos, aconsejaba al asno huir, no fueran a capturarlos. Pero el asno, sin apresurarse en absoluto, le preguntó: 'dime, por favor, ¿crees que el vencedor me cargará con dos albardas?'. El anciano le dijo que no. '¿Qué me importa, entonces, a quién tenga que servir, con tal que que lleve una sola albarda?'».

⁵⁰ Babrio, 55; Rómulo, 41; Plauto, *Aulul.*, 227- 234. Se recoge la versión babriana que dice: «Un hombre tenía un solo buey y araba unciéndolo junto con una burra, solu-

el buey, debe llevar los aperos del amo. Privado de alimento, aunque resulte, dialécticamente, triunfador, resulta el burro, de «El caballo y el asno»⁵¹. Calla resignado el asno, de «el caballo engreído»⁵², ante los insultos y amenazas del caballo por haber tardado un poco en cederle el paso. Es devorado el asno, de «el lobo y el asno en pleito»⁵³ al ser magnificada una pequeña falta. Se apiada el onagro, de «el asno salvaje y el burro»⁵⁴, del pobre burro que llevaba una pesada carga censurando su vida de esclavitud, llena de malos tratos y golpes, por más que, después, se castigue la soberbia del onagro amante de la libertad.

Si estos relatos ofrecen la imagen de un animal explotado, objeto de sarcasmo, incluso, en su penar, el género no deja de presentarlo, también, consciente de la explotación que padece, luchando constantemente por mejorar sus condiciones de existencia, por más que, indefectiblemente, el desarrollo de la acción, la moraleja, no deje de condenar y castigar tales conductas. De este modo, al margen de la moraleja y el epítio, se rebela contra su miserable vida y pide ayuda a Zeus, el burro, de «el asno y el jardinero»⁵⁵. También procura librarse de su carga el asno, de «el asno cargado de sal»⁵⁶, aunque perezca en el intento. Claramente conscientes de sus penalidades y sufrimientos se muestran los burros, de «los asnos a Zeus»⁵⁷, acudiendo al padre de los dioses para que mejore su situación.

ción de pobre pero obligada. Cuándo se terminó la labor y fue a desatarlos, la burra preguntó al buey: «¿Quién va a llevar los aperos del amo?». Y el buey replicó: «Quien lo hace siempre». En Rómulo, posiblemente derivado del Fedro perdido, el asno no quiere ayudar al buey, que muere, por lo que el asno debe cargar con el cadáver del buey y muere también. En Plauto, se alude al buey y al asno arando juntos, cayendo el último que queda abandonado.

⁵¹ Rómulo, 82.

⁵² Rómulo, 53.

⁵³ *Rhetores Graeci*, I, p. 597 ss.

⁵⁴ Syntipas, 30; R. A. p. p. 384.

⁵⁵ P. 179, H. 190; Ch. 273; R. A. p. 195- 196. La fábula dice: «Un burro, que estaba al servicio de un jardinero, como comía poco y trabajaba mucho, pidió a Zeus que lo librara del jardinero y le diera otro amo. Zeus envió a Hermes y pidió que se lo vendiera a un alfarero. Pero allí también penaba porque le obligaban a ir sobrecargado, y de nuevo invocó a Zeus. Zeus, por fin, decidió que lo vendieran a un curtidor. Y el asno, al ver lo que hacía su amo, dijo: «pues era preferible para mí pasar hambre llevando la sobrecarga a mis anteriores amos, que haber venido a parar aquí, donde, si muero, ni siquiera voy a tener la fortuna de disponer de una tumba». La fábula muestra que los sirvientes añoran más a sus primeros amos cuando tienen la experiencia de otros nuevos.»

⁵⁶ P. 180; H. 191; Ch. 265; R. A. p. 195- 196.

⁵⁷ P. 185; H. 196; Ch. 262, R. A. p. 200. La fábula comienza: «Los burros, en una ocasión, hartos ya de ir sobrecargados y de sufrir penalidades, mandaron embajadores a Zeus para pedirle que pusiera fin a su explotación...»

Se lamenta el burro, de «el burro y las ranas»⁵⁸ al caer cargado a una ciénaga y no poder levantarse.

Un paso más, también relacionado directamente con la conciencia de las condiciones de existencia que padecen, lo ofrecen aquellas unidades que presentan al burro soportando la explotación, sí, pero también, y esto es lo nuevo con respecto a otras tradiciones, protestando por la injusticia padecida. Así se percibe ya en el intento del asno, de «el perro y su amo»⁵⁹, que, celoso de los mimos recibidos por el perrito quiere, también él, jugar con el amo ocasionando un alboroto y siendo castigado por ello. Se indigna protestón el asno, de «el asno y la mula»⁶⁰ porque la mula, que llevaba la misma carga que él, recibiera doble ración de comida. Protesta por la desigualdad de trato ante una misma acción el burro, de «el asno y el hombre»⁶¹, porque él recibía palos mientras, por lo mismo, se habían reído las gracias al mono. Y ya no protesta sino que da rienda suelta a todo su odio y resentimiento ante los explotadores, en trance ya de no poder defenderse, coceando la frente indefensa del viejo león, el burro, de «El león viejo, el toro, el jabalí y el asno»⁶².

Un paso más aún: el asno, que ha ido apareciendo como explotado, pero también como consciente de padecer unas condiciones de existencia que quiere cambiar, como enunciador de lamentos y quejas, como protestón y contestatario, se nos presenta como demócrata con aspiraciones de igualdad, aunque naturalmente, sus pretensiones estén condenadas de antemano. De este modo, aunque resulte devorado por su osadía de hacer

⁵⁸ P. 189, H. 201; Ch. 271; R. A. p. 204. El relato comienza así: «Un burro que llevaba una carga de leña, estaba atravesando una ciénaga. Habiendo resbalado, se cayó, y como era incapaz de levantarse, se puso a gemir y a lamentarse de su condición...»

⁵⁹ P. 91; H.93; Ch. 276; R. A. p. 93- 94; Babrio, 129; Rómulo, 21; Luciano, *Asin.*, 40, 1.

⁶⁰ P. 263; H. 204; Ch. 272; R. A. p. 206. La fábula comienza así: «Un asno y una mula caminaban juntos. Entonces el asno, viendo que la carga de ambos era igual, se se indignaba de que la mula, considerada digna de doble ración de comida, no llevara más peso...»

⁶¹ Babrio, 125. R. A. p. 385- 386. La fábula dice «subió un burro a un tejado y retozando rompió las tejas. Entonces un hombre salió corriendo hacia él y lo hizo bajar a fuerza de palos. Y el burro, con los lomos doloridos de los golpes, le dijo: 'Pues ayer o anteayer un mono hizo lo mismo y os divertía mucho'».

⁶² Fedro, 1, 21; Rómulo, 20; R. A. p. 373- 374. En el relato, Fedro hace al león viejo afrentado increpar al asno «Que los valientes, aunque yo no lo merezca, me ultrajen, puedo soportarlo; pero verme obligado a aguantar que lo hagas tú, *deshonra de la naturaleza*, es para mí morir dos veces». Y es que, como dice el viejo refrán, «coz de caballo es dolorosa, coz de burro, deshonrosa».

un reparto igualitario, el burro, de «el león, el asno y la zorra»⁶³, lo intenta. Saluda un asnillo, de «el asno que se burlaba del jabalí»⁶⁴, a un jabalí con el que se cruzaba con el apelativo «salve hermano» y es recriminado por el puerco en un duro cierre diciéndole: «fácil es para mi castigarte pero no quiero mancharme con tu innoble sangre». Y, convertido en instrumento de Venus, el asnillo, de «los dos pretendientes»⁶⁵, lleva a la novia a casa del pretendiente pobre prefiriéndolo al rico.

Y otros tonos más en ese asno eternamente explotado, apaleado y envilecido: su capacidad de disidencia, su terco ejercicio de insumisión, su rebeldía. Si desobedece obstinadamente el burro, de «el asno y el asnero»⁶⁶ a su amo y demuestra otra forma de rebeldía con su poco amor al trabajo, el burro, de «él que compró un burro»⁶⁷, no acelera el paso para huir de los enemigos de su amo, el asnillo, de «El asno al anciano pastor»⁶⁸, y le pregunta con sorna: «¿crees que el vencedor me cargará con dos albardas?» y, al contestarle el viejo que no, responderle, insolidario por consciente de su condición de explotado, sin inmutarse: «¿Qué me importa, pues, a quién sirva, con tal que lleve una sola albarda?».

Aún más llaman la atención los rasgos otorgados a la conducta del asno en algunas unidades en que no solo se destacan los aspectos positivos de la misma sino que, claramente, se ofrecen triunfantes, gracias a su sagacidad, perspicacia y, en suma, sabiduría, sobre las asechanzas de los poderosos. Podría parecer, incluso, que se tratara de la reivindicación, desde el más popular de los géneros, del asno como símbolo más emblemático de los explotados. Y esa reivindicación (y eso es, quizás, lo más llamativo) se ejecuta, precisamente, desde el mismo ángulo dialéctico que con mas vigor había servido para denigrar su figura y a los elementos sociales representados por ella. De este modo, aunando sabiduría y eficacia, sabe desembarazarse, con una oportuna cox en la boca, el asno,

⁶³ P. 149; H. 154; Ch. 209; R. A. p. 163- 165. El relato babriano cambia sustancialmente, pues es león quien reparte y, de entrada, hace tres partes que se adjudica directamente. En el de Fedro, muy cercano al de Babrio, no aparece el asno.

⁶⁴ Fedro, I, 29; Rómulo, 14; R. A. p. 304- 305.

⁶⁵ Fedro, *App.*, 16. Más que fábula, el relato puede ser considerado como una novela erótico-moralizante.

⁶⁶ P. 186, H. 197; Ch. 277; R. A. 200- 201.

⁶⁷ P. 239; H. 200; Ch. 263; R. A. 203- 204. En cierto modo, también se muestran reacios a las órdenes del labrador los asnos, de «el labrador y los asnos» (H. 303, P. 381), mientras el labrador, en el cierre, impreca: «¿En que te injurié, Zeus, que así perezco y no por causa de apreciados caballos ni de nobles mulas, sino de insignificantes burros?».

⁶⁸ Fedro, I, 15.

de «el asno y el lobo»⁶⁹, de su poderoso antagonista que resulta, además, maltrecho. Otro tanto ocurre, en un relato muy similar («el onagro y el lobo»⁷⁰), cuando el asno salvaje logra, aún herido, no solo liberarse de su adversario sino matarlo, también gracias a su pericia. Como ejemplo de cordura y sentido común es evocado el gesto prudente del asno, de «el asno y el cerdo»⁷¹, que, a pesar de su inclinación natural sabe rechazar, por los riesgos que conllevaba, la inmediatez de la ganancia. Igualmente sabía y triunfante es la reflexiva conducta del asno, de «el lobo general y el asno»⁷² al desconfiar de los presuntos propósitos democráticos del lobo cuando su mismo pasado inmediato aconsejaba lo contrario. Como sabe, en fin, del mismo modo, esquivar las pretensiones del lobo, el asno, de «el asno y el lobo médico»⁷³, dando muestras de sabiduría y perspicacia.

V. CONCLUSIONES

Al ir avanzando en el recorrido por las fuentes, tanto escritas como orales, ha ido aumentando, al mismo tiempo, la complejidad simbólica del asno hasta dejar de ser ya, exclusivamente, paradigma de explotación⁷⁴ y de incapacidad. Claro representante el burro, en la fábula, de los grupos

⁶⁹ P. 187; H. 198; Ch. 281; R. A. p. 201- 202. Cf. Babrio, 122; Aftonio, 9. Da lo mismo que, según las versiones, la herida del asno sea real o fingida, porque, en ambos extremos, lo que se impondría sería la astucia y habilidad del personaje débil sobre el fuerte.

⁷⁰ H. 257; Ch. 282d; R. A. p. 244- 245. No está incluida en la edición de P.

⁷¹ Fedro, V, 4. el relato comienza: «Como (alguien) hubiera sacrificado un cerdo a Hércules, a quien debía un voto por haberle salvado, mandó que la cebada sobrante se la dieran a un asno. Pero el asno, rehusándola, dijo: 'de buena gana tomaría la cebada de no ser porque aquel que antes la tomó acaba de ser degollado'. Alarmado al considerar esta fábula, siempre he evitado la ganancia peligrosa...»

⁷² *Paráfrasis Bodleiana*, 229, 1; *Dodecasílabos políticos*, 229. R. A. p. 371.

⁷³ Ps. Dosíteo, 13; Rómulo, 89; R. A. p. 386.

⁷⁴ Y no solo en la Antigüedad. Unos apuntes del refranero: «asno del concejo, muchos palos y poco pienso»; «asno del concejo, huesos y pellejo»; «l'asino del comune, porta una grave soma»; «Al buey por halagos, al asno por palos»; «a la corta o a la larga, cae el burro con la carga»; «el asno no anda, sino con la vara»; «a borrico remolón, agudo aguijón»; «a asno rudo, aguijón agudo»; «para el asno harón, palo y aguijón», «tarde o temprano, lobos comen al asno», «lavatorio de jumento, perdido el jabón y el tiempo»; «qui lava la testa all'asino, perde il ranno e il sapone»; «à laver la tête d'un âne, on perd sa lessive» (o la expresión: «crier haro sur le baudet»); «he that washes an ass's head, shall lose both lye and his labour», por ejemplo.

sociales más explotados y oprimidos, en gran medida, también, según éstos se conciben a sí mismos, se muestra consciente e insatisfecho con sus miserables condiciones de existencia, se lamenta y se queja de ellas, y, aún sabedor de los riesgos que su actitud comporta, esquivo y rebelde, demócrata, incluso, protesta y lucha por cambiarlas. Naturalmente, no se dibuja a sí mismo como necio ni torpe. Al menos, no más que a los otros animales/grupos sociales. No es el explotado y, por eso mismo, el necio. Es el explotado que sabe que lo es, que quiere dejar de serlo y, en consecuencia, no quiere ser tildado ya de necio e incapaz.

Efectivamente, en las fuentes escritas, el proceso de adjetivación negativa del asno (necedad-incapacidad) discurre paralelo al desarrollo de la conciencia de sobreexplotación en sus usuarios. Parece, desde luego, incuestionable que el grado de descalificación del explotado es proporcional, siempre, al grado de explotación misma a que está sometido. Y esta propuesta, tan tajante, vale, según nos parece, tanto para los animales como para las gentes. Se insultaría al burro, pues, por el mismo motivo que se ha insultado y se sigue insultando a los sometidos. Por la misma razón que, en el ámbito de las relaciones sociales, se dotara de una naturaleza especial a los esclavos, se privara de racionalidad a los siervos o se caracterizara con todo tipo de referentes intelectuales negativos a las gentes del común. Por el mismo motivo que, en el campo de las relaciones genéricas, se vituperara y se privara a la mujer de toda capacidad reflexiva, mientras se la adornaba con todo tipo de inmundicias morales⁷⁵. Por el mismo motivo que, en el marco de las relaciones de edad, se despojara a los jóvenes y, sobre todo, a los viejos⁷⁶ de toda facultad mental positiva. Se insulta al explotado, pues, para justificar y legitimar el hecho mismo de la explotación, del maltrato, de la marginación del sometido a partir de su naturaleza inmunda⁷⁷, de su necedad e incapacidad absoluta, que obligaba, para el bien de todos, y también de ellos mismos, al empleo de una mano dura que sometiera su irracionalidad y sus irre-

⁷⁵ Y, naturalmente, el refranero vincula los palos a la mujer con los palos al burro: «burro flojo y mala mujer, apaleados han de ser»; «el asno y la mujer, a palos se han de vencer»; «la burra y la mujer, apaleadas han de ser»; «a la mujer y a la burra, cada día una zurra»; «la mujer y el asno se enderezan a palos»; «asnos y mujeres, por la fuerza entienden».

⁷⁶ Como reza el viejo refrán castellano «al burro viejo, la mayor carga y el peor aparejo».

⁷⁷ Dice Fontana refiriéndose al análisis de las causas de la evolución de los rasgos antropométricos de otras épocas: «En la etapa que va del gran miedo social de 1848 hasta la primera guerra mundial este tipo de discurso humanitario fue reemplazado en buena

frenables instintos de maldad⁷⁸. Por eso, se insulta con tanta mayor energía y vigor, con tanto mayor furor y odio, cuanto mayor es la conciencia del explotador de la miserable situación de los sometidos y cuanto mayor es su celo en la preservación de la desigualdad y el privilegio. Esa conciencia se desarrollaría en relación tanto con la intensidad de la explotación como con la proximidad del fenómeno. Y no conviene olvidar, en este momento, que *el burro fue el esclavo del pobre en la misma medida que el esclavo fue el burro del rico*. De ahí que, aunque no pudieran faltar otros tonos, también en los restos orales populares, estén presentes unidades descalificatorias hacia el asno. De ahí, también, la actitud un tanto ambivalente hacia el burro de estos mismos relatos populares. Porque, por una parte, estaban sometidos a la necesidad de justificar-legitimar su relación de dominio y crueldad con el asno por lo que debían adjetivarlo convenientemente, en tanto resultaban un campo abonado para que, en ellos, prendieran paremias oportunas venidas del exterior. Pero, por otra parte, los creadores y propagadores de esos relatos se sabían representados, en el género, por el burro y no podían caracterizarlo de tal

medida por otro muy distinto: el de la degeneración biológica de las capas más pobres de la población urbana, como consecuencia de sus vicios y defectos. Era el temor a las 'clases peligrosas', por una parte, pero sobre todo a las masas revolucionarias, el que lo inspiraba» (*La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona, 1992, p.61). Por mi parte, el tema lo he tratado repetidamente en trabajos anteriores.

⁷⁸ Abunda la tradición escrita en ofertas de adjetivación similar que permitirían un fácil seguimiento del proceder descrito. Elijo, pues, subrayando los calificativos, un fragmento de Plauto por la vitalidad de sus imágenes: (Habla Balión dirigiéndose a sus esclavos) «Salid, vamos, salid, *gandules*, que en maldita hora tuve la maldita idea de comprar a quienes *jamás se les ocurre hacer nada bueno y de quienes no es posible sacar provecho si no es a costa de palos* (los golpea). En mi vida he visto *hombres más parecidos a asnos*. ¡Tan llenas de callos tienen sus espaldas! Si los golpeas, te haces tú mismo más daño. *Así es como son, así es como piensan estos malditos rompelátigos: 'En cuanto se te presente la ocasión, roba, hurta, apaña, afana, bebe, come, escapa.'* Ésta es su tarea hasta el punto que *sería mejor dejar lobos al cuidado de ovejas que a ellos el cuidado de la casa*. Y eso que, si te fías de su aspecto, no parecen malos. ahora, si a mi bando no prestáis atención todos, *si no apartáis de vuestro cuerpo la pereza y el sueño de vuestros ojos*, os aseguro que decoraré vuestras espaldas con más vivos colores que los de las colchas bordadas de Campania o de los tapices rasos de Alejandría con todos sus animales. Ya ayer os he dictado mis órdenes y he repartido vuestras tareas, pero *sois de naturaleza tan indolente y perversa que me obligáis a recordaros vuestro oficio a palos. De tal pasta estáis hechos que a mi látigo y a mí superáis en dureza*. Fíjate, mira *qué distraídos están*. Escuchad, atended, prestad oídos a lo que os voy a decir, *raza de recibe-palos*. *Vuestro cuero nunca será más duro que el cuero de mi látigo*. (los golpea) Y ahora ¿qué? ¿os duele? ¡tomad! Así es como se debe tratar a los esclavos que se ríen de su amo...» (Plauto, *Pseudolus*, 133-158).

modo que sus inquietudes y aspiraciones se vieran impedidas definitivamente, lo que explicaría las nuevas tonalidades positivas del asno presentes en el género.

Así, se va dejando translucir, ya ahora, al final, el propósito último de esta breve *Apología de asno* y su discurrir por las desventuras, padeceres y sufrimientos que lo han perseguido y siguen persiguiendo, como al protagonista maldito de «los sacerdotes de Cibele», incluso después de la muerte. Porque observar los males del asno (burro, pollino, borrico o jumento, da igual), a la par que el desarrollo de su proceso de adjetivación/descalificación paralelo (que no se corresponde, en absoluto, ni con sus cualidades ni con el valor de sus prestaciones al hombre) permite descubrir, hasta para los miopes, el eterno proceder de los dominantes para con sus sometidos. De este modo, desarrollados los mecanismos de justificación/legitimación de la brutalidad misma de la explotación de los sometidos por los beneficiarios de la desigualdad, los apaleamientos y castigos (al asno o a quien sea) ya no son crueles sino imprescindibles para vencer su tozudez, su terquedad, su necedad, su torpeza, su obstinación y su desesperante lentitud y pereza en el trabajo debido. Confortadas quedan ya las conciencias de los apaleadores... como satisfechos y contentos deberían quedar los apaleados, porque no eran crueles sus verdugos sino ellos mismos los perversos, en tanto que los palos y más palos que recibían eran justos, legítimos y necesarios. Porque los palos no eran, además, tales palos. Solo eran divinos instrumentos de paz, de concordia y progreso. Si algunos apaleados no lo entendían así, era porque su necedad, su incapacidad comprensiva, su falta de juicio, su impiedad, su irracionalidad se lo impedía y, justamente por eso, su conducta había de ser más severamente enmendada y corregida⁷⁹.

Claro que si los burros/humildes hubieran hablado, o mejor, si se les pudiera/quisiera escuchar (porque es el caso que los burros de la Antigüedad hablaron), quizás se percibirían aún sus voces de incredulidad, sus quejas, sus lamentos, sus protestas, su rebeldía, sus deseos de justicia y de cambio, sus reivindicaciones y su inconformismo. Aunque, de todas formas, da igual... ¡solo eran burros! y *raglio d'asino non arrivo mai in cielo*.

⁷⁹ El valor de la referencia a la incapacidad-necedad, el sentido del «debate por la sabiduría» en los conflictos ideológicos de la Antigüedad, lo he desarrollado recientemente en «Necedad, sabiduría y verdad. El *ser* y el *parecer* o un debate por la legitimidad en la oralidad antigua», *Gerión*, 15, 1997, págs.27-77.